

MARIA



MARIA



MARIA

En la galería formada por los débiles bosquejos que estoy haciendo de las heroínas más notables del teatro, á un lado de "Estrella," ó bien á un lado de "Ofelia," ¿no habrá lugar para una hechicera francesa, desarrollada bajo el cielo de España, adornada con las mejores dotes físicas y morales de la mujer, la belleza y el sentimiento, y trazado por el pincel poderoso de un poeta alemán, hacia el que diariamente crece la admiración de sus compatriotas?

Pero tal me parece que os veo fruncir el entrecejo, lectoras mías, al entender que trato de presentaros una francesa retratada por un alemán: os la figuráis sin duda frívola y bullicio-



sa como una modista: os figuráis acaso al artista un gigante de seis pies y medio de estatura, con su semblante inanimado, estúpido; con un modo de hablar gutural y desagradable, pasando días enteros en melancólicas meditaciones, y no entusiasmándose sino cuando oye pronunciar el nombre de Federico el Grande, ó preludear uno de esos vales que son peculiares á Alemania, y á cuyo influjo pierden el seso los mesurados hijos de esa nación: repito que á ella y á él os los figuráis así, y no creyendo probable que el alemán comprenda á la francesa, esperáis hallar una caricatura en vez de un retrato.

Os ruego, sin embargo, que suspendáis vuestro juicio mientras os hago conocer á María, y para obligaros á condescender, os diré desde luego que ella es la heroína de un drama sencillo y terrible que se intitula "Clavijo," y que el alemán autor de este drama es nada menos que Goethe.

María, nacida en Francia, era hija de un negociante cargado de familia, á quien uno de sus corresponsales de España, rico, soltero y de avanzada edad, propuso que le entregara dos de sus hijas, de quienes éste se haría cargo, llevándolas consigo á España, don-

de al morir dicho corresponsal quedarían al frente del establecimiento más rico del país.

El negociante francés se hallaba muy pobre: la mayor de sus hijas, ya casada, y María, que era pequeña aún, pasaron á España en compañía del marido de aquélla, y se establecieron en la casa del corresponsal, que á poco murió dejando en no muy buen estado sus intereses y á las dos hermanas al frente de la negociación; sin embargo, su talento y su bondad les atrajeron multitud de excelentes amigos, que procuraron aumentar su crédito y abrir campo más vasto á sus especulaciones.

Por este tiempo, un joven nativo de las islas Canarias, llegó á Madrid y fué presentado en la casa de las dos hermanas. Sin nombre, sin fortuna, sin amigos, sin instrucción de ningún género, hallábase devorado Clavijo por la sed del saber, y esta noble aspiración y el empeño que mostró en el estudio del idioma francés, previnieron en su favor á las dos hermanas, que le proporcionaron generosamente recursos y relaciones. Clavijo requirió de amores á la joven, y ésta le amó apasionadamente, rehusando diversos partidos ventajosos que se le presen-



taban, y prefiriendo esperar á que Clavijo hubiese alcanzado la altura que en vista de su aplicación y talento le pronosticaban sus amigos.

Había ideado Clavijo dar á luz en España un periódico literario, lo cual era una novedad á la época en que se refiere el drama: excitáronle las francesas á realizar su proyecto y todavía le proporcionaron los recursos necesarios con esta mira. Ya él había pedido la mano de María; pero su hermana mayor le había contestado: “comenzad por obtener buen éxito, y cuando algún empleo, el favor de la corte, ó cualquier otro medio de subsistir de una manera honrosa os haya dado el derecho de pensar en mi hermana, si ella os prefiere á otros dependientes, no os negaré su mano.”

Decidióse Clavijo á dar á luz la primera entrega de su periódico, bajo el título del “Pensador.”

Esta publicación obtuvo desde luego un éxito prodigioso, y el rey mismo, encantado con su lectura, dió públicas señales de benevolencia al autor, prometiéndole el primer empleo que vacase. Entonces el proyectado matrimonio tomó un aspecto de más seriedad; ya no se difería sino en espera del empleo prometido, que no

tardaría en serle dado á Clavijo: los demás pretendientes de María se retiraron: las francesas habían tomado una casa capaz de contener dos familias; pocos días después Clavijo se hallaba en posesión de su empleo; las amonestaciones habían tenido lugar y, sin embargo, Clavijo se había retirado de la casa de las francesas, negándose sin motivo alguno á dar su mano á María. La desdichada joven se hallaba sumida en la más amarga desesperación.

¿Quién indujo á Clavijo á dar un paso tan degradante? El demonio de la ambición. Mientras era un joven obscuro, sin fortuna, sin porvenir, amó á María y cifró la suprema felicidad en llegar á poseerla. Dotado de talento y de aplicación, luego que se hizo de armas en el rico arsenal del estudio, se lanzó á la arena literaria: combatió en ella, alcanzó triunfos señalados: quizá estos triunfos eran debidos á su amor que ponía en ejercicio todas sus facultades intelectuales, presutando á sus obras el agradable colorido del sentimiento; pero, una vez en su mano las palmas del triunfo, presentóse á su vista un nuevo espacio que era preciso recorrer; ese espacio que se presenta á la vista de todos los



ambiciosos, que en la apariencia está cercado por un horizonte halagüeño, pero que en realidad no tiene horizonte! Para llegar á sus confines necesitaba Clavijo hallarse expedito: María, la buena, la seductora María, iba á embarazar sus pasos: quizá Clavijo podía aspirar á un matrimonio más ventajoso. Clavijo iba á ser grande. ¡Qué grandeza tan mezquina!

Al llegar á esta parte del drama debemos echar una mirada retrospectiva. María ha sido hasta aquí una joven hermosa, modesta, que ha cifrado en su amor toda la felicidad que este mundo es susceptible de proporcionarnos. Ella, cuando Clavijo embriagado de amor meditaba á sus pies, descubrió en su frente espaciosa las señales del ingenio: ella le animó á lanzarse á una carrera nueva, le facilitó los medios, y su sencillo corazón palpité de júbilo al eco de los primeros triunfos de su amante. Clavijo ha sido hasta aquí, preciso es confesarlo, el personaje más interesante del drama, y no podía ser de otra manera: un extranjero desconocido, sin recursos, que únicamente por medio de su talento logra crearse un nombre y una posición elevada, nos interesa á todos en su favor.

En adelante, María es la joven des-

graciada, enfermiza. El entusiasmo de los espectadores hacia Clavijo, ha desaparecido: quizá se ha convertido en desprecio, en aversión. Clavijo no puede ser verdaderamente tan grande porque ha dejado de ser honrado. El fruto de brillantes colores tenía podrido el corazón. En lo sucesivo, María absorbe toda la atención del auditorio.

Sigamos, entretanto, nuestro relato. El ultraje inferido á las francesas había sido público, y varios de sus amigos intentaron vengarlas; pero Clavijo se hallaba á una altura en el favor del rey, á que no podían alcanzar sus adversarios, y, como en el camino de la bajeza y del crimen, lo único que cuesta trabajo es dar el primer paso, hizo anunciar á las dos hermanas que si le seguían importunando sus amigos, fácilmente labraría la perdición de ellas en un país donde se encontraban sin apoyo alguno y donde él lo podía todo.

Sofía, la mayor de las hermanas, había escrito á su familia residente en Francia, dándole cuenta de su desdicha, y el literato Beaumarchais, hermano de ellas, viene al momento á Madrid; se informa minuciosamente de todo, y en compañía de un amigo suyo,



á quien trajo exprofeso, diríjese á la morada de Clavijo, á quien se hace anunciar como literato francés encargado de relacionarle con varias sociedades científicas y literarias de su nación. Clavijo le recibe con toda cortesía y se ofrece á ayudarle en el logro de todas las miras que puedan haberle traído á Madrid. Entonces Beaumarchais le cuenta la historia de su hermana María, á quien dice ha venido á vengar; Clavijo se turba, se sobrecoge. Beaumarchais, conservando su serenidad completa, le ordena diga delante del testigo que trae con ese objeto, si por alguna falta de fe, ligereza, debilidad, dureza ó cualquier otro motivo, ha merecido su hermana el doble ultraje que su amante le ha hecho de una manera tan pública. Clavijo confiesa que María es un dechado de perfecciones, y que no le dió motivo alguno para aquel paso, que fué obra únicamente de su ceguedad, de los malos consejos de sus amigos, etc. Entonces Beaumarchais ordena á su compañero que vaya á publicar la relación de Clavijo, y dice á éste:

“Ahora que estamos solos, he aquí mi proyecto, y espero que lo aprobaréis. Conviene igualmente á vuestros intereses y á los míos que no os ca-

séis con mi hermana; y bien conoceréis que no vengo á hacer aquí el papel de un hermano de comedia, que quiere que su hermana se case. Habéis ultrajado á vuestro sabor á una mujer decente, porque la creísteis sin apoyo en país extranjero: ¡este proceder es el de un pícaro, el de un cobardel. Vais á empezar por asegurar de vuestro propio puño, en plena libertad, abiertas todas las puertas y presentes todos los criados, que sois un hombre abominable, que habéis engañado, traicionado, ultrajado á mi hermana sin ningún objeto; y teniendo vuestra declaración en mis manos, parto á Aranjuez donde se halla el embajador de mi nación; le enseño el documento, lo hago imprimir en seguida; pasado mañana la corte y la ciudad se hallan inundadas de ejemplares; cuento aquí con apoyos de consideración, dinero y tiempo de sobra, y todo lo emplearé en perseguiros, hasta que apaciguado el resentimiento de mi hermana, me detenga y me diga “hasta aquí.”

Tal es la proposición de Beaumarchais, y de no admitirla Clavijo, no se separará de éste un momento hasta obligarle á batirse con él. Clavijo entonces conoce el precipicio á cuyo bor-



de lo ha conducido la ambición, recuerda el amor de María tan ardiente, tan puro; considera lo feliz que hubiera sido uniéndose á ella, y una idea salvadora cruza su mente. Implora el perdón de María; perdón que ésta, generosa y buena, le concederá sin duda, y al momento se casará, reconciliándose así con toda la familia de Beumarchais, reconciliándose consigo mismo. Clavijo manifiesta su idea al hermano de María, quiere que él mismo se interese para conseguirle el perdón. Beumarchais se opone indignado, y exige la declaración mencionada, condescendiendo, al cabo, en reservarla hasta saber si María consiente en perdonar á Clavijo y casarse con él, en cuyo caso no hará uso del escrito.

Clavijo se presenta en la casa de María, y ruega á su hermana que se interese por él, Sofía habla á aquélla: María se resiste á oír á Clavijo; pero el lector no nos perdonaría que dejásemos de insertar aquí una de las escenas del acto tercero, aun cuando salga demasiado extenso este artículo. Clavijo entra frenético á la alcoba de María, exclamando:

—Es necesario, es de todo punto indispensable que yo la vea.

(María arroja un grito y cae en los brazos de Sofía.)

Sofía.—¡Qué cruel sois!

Clavijo.—¡Sí, ella es, ella es y yo soy Clavijo! Dígnate oírme al menos, dulce amiga mía, ya que no quieres verme. Cuando Guilberto me recibió amistosamente en su casa, cuando yo no era más que un joven sin fortuna, en quien nadie reparaba; cuando mi corazón se abrasaba de amor á tí, ¿fué por ventura mi mérito, ó fué, más bien, una similitud de caracteres, una inclinación secreta, una armonía de nuestras almas, lo que te hizo no permanecer indiferente, lo que me hizo conocer que poseía tu corazón por entero? Y ahora, ¿no soy el mismo? ¿Por qué no me atrevería á esperar, á conjurarte á que me ames todavía? ¿No querrias volver á ver á un amigo, á un amante infortunado, á quien hubieras creído perdido para siempre, y que después de una travesía tan larga como desdichada, volviese á depositar á tus pies una vida que para tí sola hubiese conservado? ¿Y no me he visto yo á merced de la mar borrascosa del mundo? Estas pasiones violentas, contra las cuales no es necesario luchar sin tregua, ¿no son mill veces más terribles y de temerse que